

ellos ejercen consigo mismos y con aquellos á quienes hacen perecer con ellos. Si ellos hubiesen tenido el temor de Dios y de los hombres, jamas hubieran llegado á tal extremo, áun cuando el papa Urbano hubiera obrado mal con ellos y hubieran deseado morir mil veces ántes que dar un paso tan funesto á la Iglesia. » La Santa concluye exhortando al Rey á que cuide de la salvacion de tantas almas como se precipitan en el error, á que se aconseje con personas sábias é ilustradas, á que se acuerde de la muerte, y á que juzgue de todo segun las luces de la sabiduría divina y no segun la mira de los intereses temporales y humanos. (*Hist. de la Iglés. galic.*, lib. xli.)

Al mismo tiempo esta mujer intrépida, campeon de la legitimidad de la eleccion del jefe de la Iglesia, escribió á todas las córtés de Europa en el mismo sentido, y por eso Inglaterra respondió la primera, con los mismos argumentos y casi cón las mismas palabras que Catalina habia usado, al manifiesto escandaloso de los cardenales apóstatas contra Urbano, llamándolos siervos malos, *condenados por su propia boca*, y publicando á su vez una magnífica protesta contra el cisma, fundada en trece razones, que los autores de aquel gran escándalo no pudieron refutar. Lo mismo hizo la gran mayoría de la Cristiandad. Despues de Inglaterra, todo el Imperio de Alemania, la Hungría, la Polonia, Suecia, Dinamarca, la Bretaña, Flándes, toda la Italia (excepto Nápoles) y todo el Oriente católico permanecieron en la comunión con Urbano y sus sucesores.

No hubo más que Francia (y no toda), Escocia y España, que se dejasen arrastrar por el cisma y reconociesen al antipapa Clemente, y áun en España la apostasía se limitó casi exclusivamente á las córtés de Aragon y de Castilla, pero la mayoría del clero y del pueblo se adhirió á Urbano. Grande y singular mision, que Dios confió entónces, al parecer, á una mujer. Muchos grandes hombres, y áun el mismo San Vieente Ferrer, el apóstol y el taumaturgo de su siglo, permanecieron entónces espectadores tranquilos de aquel drama funesto, en el que representaron un papel bien triste. Sólo una jóven, una pobre religiosa, fué la primera que enarboló el estandarte de la unidad, y que con su voz y con sus escritos reunió en torno de este estandarte la mayor parte del mundo cristiano y la sostuvo en la obediencia del Pontífice legítimo. Yo no sé que ningún padre de la Iglesia obtuviese un triunfo semejante.

Añádase á esto que ésta fué la misma Santa que, con la extension que dió á la *Orden Tercera de Santo Domingo*, reunió un gran número de legos de ambos sexos para asociarse á la práctica de la vida del claustro, y que popularizó la santidad en medio del mundo, y que murió á la edad de treinta y cinco años, y será forzoso convenir que ningun apostolado de hombre alguno fué en esta época más fecundo que el apostolado de esta vírgen, y que ninguna existencia hubo entónces más santa, más maravillosa, más magnífica, más imponente ni más útil á la república cristiana y á la Iglesia.

Tal fué el apostolado de la mujer católica en la Edad Media. Pero tales prodigios de la virtud y de la gracia de la fe no aprovechaban sólo á la religion; reducidos á escritura y publicados por todas partes, eran, en cierto modo, los periódicos de la época, que hacian una profunda impresion en los pueblos. « De aquí nació, dice M. Capefigo, esa multitud de leyendas piadosas en que se exaltan las virtudes más extremas: la mortificacion, el ayuno, la caridad, la vida del desierto, la afabilidad y la mansedumbre para con todos. Las leyendas, bajo el punto de vista puramente humano, fueron motivos de cultura general, y por estos ejemplos fueron reprimidas las pasiones salvajes. (Tom. iv, pág. 194.)

§ LI.—Influencia de las *mujeres religiosas* en la fundacion de un gran número de monasterios de hombres en la Edad Media, particularmente en Francia.—Los más grandes fundadores de las Órdenes religiosas de la misma época fueron formados por las santas mujeres, á las que debieron una gran parte de sus triunfos.—San Benito, San Francisco de Asis.—Grandeza de Santa Clara.—Santa Ines, hija del rey de Bohemia, convertida en su hija.—Cómo fué honrada Santa Clara por la Iglesia en su muerte.

Al lado de tantos obispos santos como ocupaban el mismo tiempo casi todas las sillas episcopales de la Gaula cristiana, la historia eclesiástica nos presenta una multitud inmensa de grandes personajes dejando al mundo, consagrando todas sus riquezas para fundar monasterios, y contribuyendo con sus virtudes y sus milagros á la propagacion de la fe, á la cultura de las costumbres, á la de-

fensa de los pueblos y al alivio de todas las miserias humanas. Desde que San Honorato, convertido apénas al Cristianismo, renunciando los honores consulares, se consagró á la vida más humilde y más mortificada, y fundó en Lerins el célebre monasterio de su nombre, de donde han salido tantos hombres célebres, que han edificado é ilustrado por espacio de muchos siglos la sociedad francesa, un número prodigioso de grandes del siglo siguieron sus pisadas y caminaron por la misma senda. De este número fueron San Paterno, que fundó diez monasterios en la Neustria, en medio de unos pueblos que vivian todavía en las supersticiones del druidismo; San Ebreulfo, fundador del principal monasterio de Oches, en la diócesis de Lisieux; San Diosdado, ó Dié, que se fijó en el Orleanado y por quien las orillas del Loire se poblaron de fundaciones monásticas; San Sena, que dió el nombre al rio que corre de las alturas de Borgoña, y que fundó el monasterio de Langres, como San Marçon el de Manteuil. Al mismo tiempo San Fredolin en la Austrasia, San Porcen en Auvernia, San Carilete en el Maine, San Leonardo en el Limosin, San Frodoberto en Troyes, San Ciran, en Berry, San Leotardo en Saberna y San Cloud en París, fundaron también monasterios célebres, en torno de los cuales se formaron despues ciudades que llevan sus nombres. San Vandril, de quien hemos hablado ya, fué por sí solo el patriarca de una multitud de monasterios y de santos monjes. Además del monasterio de Montfaucon, fundó el no ménos célebre de Fontanelles, que, como el de Santa Gertrúdis en Nivelá, se hizo una escuela de santas letras enviándole el Papa desde Roma los libros necesarios. Entre los discípulos de San Vandril debemos hacer mencion de San Lamberto, obispo de Lion; de San Ansberto, de Rouen; de San Eremberto, de Tolosa; de San Godon ó Gondo, de Metz, que todos ellos fundaron monasterios, y de San Filiberto, el amigo de San Ouen, fundador del insigne monasterio de Jumièges, cerca de Caudebec, que contenia nuevecientos religiosos.

Es una cosa muy singular el celo, tan comun entónces en todas las provincias de la Gaula, por fundar en todas partes monasterios, los cuales, como dice M. Capefigo, se dedicaban cada uno á un destino especial útil á la humanidad (tom. iv, pág. 233), y en los que la piedad y las letras encontraban asilo en medio de las revoluciones políticas. Pero no se debe olvidar que este celo era inspirado,

alimentado y sostenido por santas mujeres. ¿Quereis saber cómo sucedia esto? Un ejemplo particular de Francia os lo dirá. Santa Rietrudes era una rica y noble señora, que, despues de haber hecho un santo de su esposo Adebaldó, obtuvo de él bienes suficientes para fundar, bajo la direccion de San Amand, obispo de Langres, el gran monasterio de Marchennes, donde se retiró á la muerte de su marido, rehusando el brillante matrimonio que la ofrecia el Rey. Por su ejemplo se consagraron también al Señor, en primer lugar, sus tres hijas, Eugenia, Clotelenda y Addegonda; y despues su hijo único, Mauronte, dejó el mundo y fundó el monasterio de Veur. La Iglesia ha colocado á estos cuatro hijos de Rietrudes, como también á su padre y á su madre, en el número de los santos. Y de esta misma manera fué como todos los grandes señores de las dos córtés de Francia, de quienes hemos hablado ya, fundaron tantos y tan célebres monasterios. El ejemplo de las *mujeres religiosas* fué atractivo y fecundo, y él fué quien produjo tan gran número de santos monjes. Para un solo monasterio de hombres que dió lugar á la fundacion de conventos de mujeres, se vieron muchos conventos de mujeres servir de modelo y de impulso á la fundacion de conventos de hombres. Es verdad que muchas veces estas grandes y numerosas fundaciones de piedad, por parte de los hombres, no fueron otra cosa que grandes expiaciones de grandes crímenes, y el modo más comun entónces de cumplir las obligaciones de la penitencia pública. Pero las mas veces, excitados los grandes señores por el bello espectáculo de tantas santas y grandes señoras que renunciaban al mundo y rivalizaban en celo por multiplicar los piadosos asilos de la virtud para las mujeres, hicieron ellos lo mismo para los hombres. Así, pues, aquellos monasterios célebres, aquellas abadías, aquellos conventos que cubrian en otro tiempo el suelo de Francia y de toda Europa, y esparcian en torno suyo, con los ejemplos de la religion más pura, los socorros de la caridad más generosa; aquellos piadosos establecimientos, verdaderos recursos del pobre; verdaderos refugios del pudor, verdaderos asilos de la penitencia, verdaderos templos de la oracion, que en las ciudades popularizaban la virtud y la ciencia, y en los campos alejaban la ignorancia y la barbarie, con muy raras excepciones, fueron la obra de la generosa piedad y de los admirables ejemplos de las *mujeres religiosas*; y por consiguiente, la

mujer católica contribuyó también por este medio á civilizar al mundo.

La mujer católica contribuyó también al mismo objeto por otro medio todavía más directo, es decir, por la influencia que ejerció sobre el entendimiento y el corazón de los grandes fundadores de las Órdenes religiosas, de aquellos grandes hombres que en la misma época hicieron más por la religión y por los pueblos.

El espíritu de San Benito, el restaurador y el propagador de la vida monástica en Occidente, era, como todos saben, el espíritu de una tierna piedad, de una pureza sin tacha, de la más grande severidad consigo mismo y de una exquisita bondad con los demás. Mártir de la penitencia, era también el ángel de la mansedumbre. La Iglesia le aplica este elogio, que la Escritura hizo de Moisés: «Él amansó los monstruos con sus palabras: *In verbis suis monstra placavit.*» Pero este mismo era el espíritu de aquel ángel terreno, Santa Escolástica, su hermana, de aquella hermana querida, que le educó en cierto modo, que le siguió á la soledad de Subiac y que jamás se separó de él. Por consiguiente, nada nos impide creer que en la escuela de aquella hermana y con sus admirables ejemplos se instruyó á sí mismo el hermano. Lo que no admite duda es que, con el atractivo de sus virtudes, atrajo Santa Escolástica tantos hombres al santo fundador, cuantas fueron las mujeres que atrajo en pos de sí, y que tuvo mucha parte en la fundación y propagación de la Orden de San Benito para los dos sexos, que ha hecho tan eminentes servicios á la civilización y á la religión. Santa Escolástica vivía con sus religiosas á poca distancia del lugar donde habitaba San Benito con sus monjes, y allí fué donde murió casi repentinamente, de resultas, no de una enfermedad del cuerpo, sino de un sublime éxtasis del alma. Dios reveló al santo patriarca la muerte preciosa de su admirable hermana, y le dejó ver su alma pura, en forma de una blanca paloma, elevándose al cielo, rodeada de gloria. Admirado por la gloriosa muerte de aquella que tanto amaba en el Señor, dió por ello gracias á Dios, y la anunció á sus hermanos en el momento mismo en que sucedió. En seguida los envió para que trajesen el cuerpo sagrado al monasterio, recordándoles que debían este testimonio de reconocimiento á la que había sido madre de ellos en la santidad, é hizo depositar aquel cuerpo virginal en el sepulcro que había preparado para sí mismo,

á fin de que la muerte no separase los cuerpos de aquellos cuyas almas habían estado siempre unidas en Dios por la práctica de las mismas virtudes y por la ejecución de las mismas obras.

Otras mujeres contribuyeron también mucho al esplendor de esta misma Orden. Tales fueron muchas señoras de la más elevada nobleza de Europa, que, no contentas con dar sus bienes para la fundación de los monasterios, se apresuraban á enviar á ellos sus propios hijos para que fuesen instruidos en la religión y en las letras. Sólo hablaré aquí de San Mauro, el personaje á quien más debieron las letras, las ciencias y la civilización de la Francia, por la multitud de los célebres monasterios de benedictinos que en ella fundó, y el apostolado que ejerció por espacio de cuarenta años. Pues bien, una mujer, Julia, noble romana, fué quien, habiendo educado á este apóstol de la Gaula en la santidad, lo ofreció á San Benito, y por él á la Francia.

San Francisco de Asís fué también obra de Pica, su madre. Advertida, cuando se hallaba encinta de él, que iba á dar á luz uno de los más grandes santos de la Iglesia, trabajó cuanto le fué posible por educarle en el temor de Dios y en aquel espíritu de pureza de alma que él conservó intacto en medio de la corrupción del mundo. Como San Benito, tuvo también su Santa Escolástica, en la persona de Santa Clara, su hija espiritual. El ejemplo de esta noble virgen, abandonando al mundo, distribuyendo todas sus riquezas entre los pobres para seguir á Jesucristo en el camino de la pobreza voluntaria, que Francisco le había trazado, y atrayendo de todas partes un prodigioso número de mujeres á asociarse á ella en el mismo género de vida, obró poderosamente sobre los hombres y atrajo un número no menos prodigioso de ellos á seguir las huellas del gran patriarca.

El celo de Santa Clara por la multiplicación de los hermanos no fué menos ardiente ni menos eficaz que su celo por la multiplicación de las hermanas de la misma Orden. Así es que la Orden de los franciscanos, esa orden la más numerosa, á causa de su misma pobreza, que forma la base de ella; la que promete más vida de todas las Órdenes religiosas, y si me atrevo á decirlo, la más útil á la Iglesia, honra á Santa Clara como á su madre, lo mismo que honra á San Francisco como á su padre.

Pero creemos deber consagrar todavía algunas palabras á esta

mujer sublime, tan célebre en la historia de la Iglesia, y cuyo mismo nombre es un prodigio (1).

Sus austeridades le habian causado una enfermedad que la tuvo en cama por espacio de veintiocho años. Para ocuparse de alguna manera en satisfacer su tierna devocion al Santísimo Sacramento, hacía que la colocasen en su silla, y allí hilaba un hilo muy fino, con el que hacía corporales que distribuía á las iglesias de la comarca. Dios le concedió el dón de milagros: ella curaba los enfermos, haciendo sobre ellos la señal de la cruz. Pero el milagro más admirable, más sensible y más auténtico que Dios obró por las oraciones de esta santa esposa del Cordero Divino, fué el de haber librado su monasterio de la incursion de los sarracenos. Aquellos bárbaros habian escalado ya el santo asilo del pudor; ellos eran unos lobos hambrientos, dispuestos á hacer estragos en aquellas inocentes ovejas y á saciar en ellas sus instintos brutales. Toda esta numerosa familia de vírgenes estaba horrorizada y hacía resonar en los aires sus gritos y sus sollozos; pero su heroica madre les dijo: No tengais miedo; nosotras no tenemos soldados para rechazar este asalto; pero ¿no tenemos en nuestro favor á Dios? Seguidme, y veréis lo que hace nuestro buen Dios.» Diciendo esto, se dirige á la capilla, seguida de todas sus hijas, trémulas y llorando, toma en sus manos el santo copon que contenia la Eucaristía, sale al encuentro á los bárbaros, que habian invadido ya la sagrada mansion, y presentándoles como para detenerlos el augusto Sacramento, deja escapar de su corazon, lleno de confianza, esta exclamacion de fe, salida en otro tiempo de la boca del profeta: « Señor, no entregueis á las bestias las almas que os confiesan ni olvideis hasta el fin las almas de vuestros amados pobres: *Ne tradas, Deus, bestiis animas confitentes tibi; et animas pauperum tuorum no obliviscaris in finem.* » (Psal.) No habia acabado la Santa esta oracion, cuando los bárbaros, sobrecojidos de espanto, retrocedieron y huyeron, como si tuviesen delante un ejército próximo á caer sobre ellos y destruirlos.

No es posible calcular el bien inmenso que esta mujer hizo al mundo cristiano con la institucion de sus clarisas, á quienes ella

(1) Santa Clara fué llamada así porque, orando su madre para que Dios le diese un parto feliz, oyó una voz que le dijo: « Nada temas; tú darás al mundo una luz que lo alumbrará; por esta razon pondrás á tu hija por nombre Clara.»

gobernó por espacio de cuarenta y dos años y propagó por todo el mundo. Se cuentan por centenares los conventos de esta Orden que ella misma fundó sólo en Europa. En poco tiempo, no sólo Italia, Francia, España é Inglaterra, sino toda la Alemania, la Escandinavia, la Hungría y la Polonia, se encontraron llenas de ellos. Muchas jóvenes de las más nobles y ricas familias, y aún de las casas Reales, acudieron á ellos de todas partes para consagrarse al Señor y observar, en la pobreza más rígida y en la penitencia más austera, una vida de sacrificio para Dios y de beneficencia para los hombres. Y es muy fácil de comprender la impresion profunda que estos ejemplos multiplicados de la renuncia heroica de todos los bienes y de todas las seducciones de la tierra, hecha por tantas mujeres angelicales, debian producir en los hombres, para inculcar en ellos el desprecio del mundo y el pensamiento del cielo. Se comprende asimismo la influencia saludable que estos ejemplos, multiplicados en todas partes, á la vista de todos, debian ejercer sobre las costumbres públicas.

Se veian asimismo muchas princesas soberanas, tales como Santa Isabel de Hungría, renunciando la corona para ir á servir á Dios entre las humildes y pobres hijas de Santa Clara. No podemos dejar de nombrar aquí siquiera una de ellas, que es la bienaventurada Ines, hija de Primislas, rey de Bohemia, cuya mano se disputaban, por causa de su hermosura y de sus costumbres angelicales, dos grandes príncipes, que eran Enrique III de Inglaterra y el emperador Federico II. Sus padres la habian prometido á este último: pero la joven heroína, que habia tomado la resolucion de conservar su virginidad, miéntras se hacian los preparativos de su matrimonio con el monarca más grande de la tierra, hacía los preparativos de su desposorio con el Rey del cielo. Bajo sus vestiduras de princesa, adornadas de oro y de piedras preciosas, llevaba un cilicio y un cinturón de hierro. Su lecho, magnífico en apariencia, estaba lleno de guijarros agudos; su abstinencia era grande, sus ayunos frecuentes y su oracion continua. Ella habia escrito tambien secretamente al Papa, implorando su auxilio y su autoridad contra el matrimonio que querian obligarla á contraer contra su voluntad. Movido el Papa por los piadosos sentimientos de la Santa princesa, envió un nuncio extraordinario á Bohemia con el encargo de impedir que se hiciese violencia á los piadosos deseos de la joven

princesa. Habiendo sabido el Emperador esta oposicion, se irritó mucho al principio, pero al fin acabó por oír la razon, y dijo: «Si Ines me hubiera dejado por un hombre mortal, me hubiera vengado con las armas; pero no puedo ofenderme porque me posponga al Esposo celestial.» Hallándose Ines de este modo libre, se apresuró á cumplir su designio de abrazar la vida pobre y penitente de las clarisas. Ella fundó á un mismo tiempo en Praga un gran hospital para los pobres y un monasterio con el nombre de *San Salvador*, bajo la regla de Santa Clara, quien le envió al efecto cinco de sus hijas, y se encerró en él en compañía de otras siete vírgenes de la más elevada nobleza. No seguiremos á esta grande alma en el resto de su vida; nada diremos de la influencia que ejerció en toda la Alemania, en los negocios relativos á la religion, que el Papa encomendaba á su piedad y á su celo; pero no podemos resistir al deseo de insertar aquí parte de una de las cartas que Santa Clara le escribió desde Italia; éste es el perfume de una ternura y de una amistad seráfica; éste es el sublime de la sencillez y de la humildad cristiana de las almas santas, que es superior á los más perfectos trozos del estilo epistolar de la literatura profana: «Á la mitad de mi alma, al santuario particular del cordial amor, á la serenísima reina Ines, mi muy amada madre, é hija amada especialmente sobre todas, Clara, indigna sierva de Jesucristo y sierva inútil de sus siervas que habitan en el monasterio de San Damian, salud y la gracia de *cantar con las otras vírgenes santas ante el trono de Dios y del Cordero, el nuevo cántico, y de seguir al Cordero donde quiera que fuere.* (Apoc.)

» ¡Oh madre é hija, esposa del Rey de todos los siglos! Si no os he escrito con tanta frecuencia como hubiera deseado mi alma y la vuestra, no os admireis por eso, ni creais de modo alguno que el incendio de amor en que estoy abrazada por vos ha disminuido lo más mínimo: *como os aman las entrañas de vuestra madre, así es como yo os amo.* La única causa que me ha impedido escribiros ha sido la falta de mensajeros y los grandes peligros de los caminos. Y habiendo encontrado al presente una ocasion de escribir á vuestra caridad, me regocijo de ello con vos en el gozo del Espíritu-Santo, ¡oh esposa de Jesucristo! Porque así como la primera Santa Ines (la mártir) se unió al *Cordero sin mancha, que quita los pecados del mundo*, de la misma manera se os ha concedido gozar de esa union

celestial, que los ángeles miran con admiracion, cuyo deseo todo lo atrae á sí, cuyo recuerdo sacia y cuya bondad llena el corazon de toda dulzura..... ¡Oh reina y esposa de Jesucristo! Miraos continuamente en ese espejo del esplendor, de la gloria y de la luz eterna; contemplad con frecuencia en él vuestra imágen, á fin de que os adorneis exterior é interiormente con las flores de las virtudes más diversas, y os vistais de los ornamentos que convienen á la hija y á la esposa del Rey supremo.... Abrasaos, ¡oh gran reina! en el fervor del amor, recordad al mismo tiempo las riquezas y los honores eternos del Rey celestial, y suspirando con un deseo inmenso, exclamad con todo el amor de vuestro corazon: — ¡Llévame en pos de TI; yo correré al olor de tus perfumes, oh Esposo celestial!.....—En medio de esta contemplacion, acordaos de mí, vuestra pobre madre, y sabed que yo he escrito vuestro agradable recuerdo en las tablas de mi corazon, amándoos sobre todas las demas. ¿Qué más os diré? La lengua del cuerpo debe callar cuando se trata de vuestro amor, y sólo debe hablar la lengua del espíritu, ¡oh vírgen bendita! Nuestra digna hermana Ines, yo me encomiendo en el Señor, á mí y á mis hijas, á las vuestras. Adios, mi muy amada; adios con vuestras hijas hasta el trono de la gloria del gran Dios, y pedidle por nosotras.» (Act. SS. Martyr.) De este modo amaba Santa Clara á Santa Ines. ¡Oh, cuán bello es amarse así! Mas éste es el amor de los santos, que el corazon humano no puede adquirir sino en el fuego del amor divino.

Ningun gran soberano ni ningun gran santo ha sido más honrado en la muerte que esta humilde mujer, que murió en la pobreza. El papa Inocencio IV se encontraba entónces, con toda su córte, en Perusa, y habiendo sabido que la Santa estaba agonizando en el monasterio de San Damian, cerca de Asis, le envió el decano del Sacro Colegio, el cardenal Reynald, obispo de Ostia, quien le administró el Santo Viático. Al dia siguiente el mismo Soberano Pontífice fué á visitar á la santa enferma, y le dió á besar su mano; pero ella quiso tambien besar su pié, y fué necesario acceder á sus deseos. En seguida le pidió ella la absolucion de todos sus pecados, y él se la dió con las más amplias bendiciones; y llena de un gozo celestial, espiró en el dia inmediato en los brazos del vicario de Jesucristo. En los funerales, á los que el Papa quiso asistir, queria él que se hubiese cantado el oficio de las santas vírgenes en vez del

de los difuntos, como para canonizarla anticipadamente; mas el cardenal de Ostia le disuadió de ello. Se trasladó el santo cuerpo desde el monasterio de San Damian, extramuros de la ciudad, al de San Jorge, dentro de la ciudad; y el Soberano Pontífice, con todos los cardenales, quiso seguir á pié esta traslacion, que se hizo al són de trompetas con la mayor solemnidad; ésta fué la fiesta de una santa más bien que la ceremonia del entierro de una difunta. De este modo honró la Iglesia, en la persona de su augusta cabeza, á esta mujer que tanto habia edificado á la Iglesia.

§ LII.—Continuacion de la misma materia.— Santo Domingo, Santo Tomás y San Felipe Benicio.—Méritos y grandezas de San Bernardo.—Él fué el verdadero San Ambrosio de su siglo.— Á las mujeres debe la Iglesia este insigne doctor, y la Francia esta grande gloria.

Tambien la Orden de Santo Domingo, esa depositaria fiel, esa celadora ardiente é intrépida de la ortodoxia y de la ciencia católica, debe mucho á las mujeres. En primer lugar, su gran fundador, Santo Domingo, fué un santo desde su infancia por los cuidados cristianos de Juana de Aza, su madre, una de las más ilustres mujeres de España, que tambien ha sido venerada con el culto público de los santos. Estando encinta de Santo Domingo, vió entre sueños esta piadosa matrona el fruto de sus entrañas bajo la forma de un cachorro, que tenia una antorcha en su boca y que queria escaparse de su seno para ir á inflamar toda la tierra. Inquieta por este presagio, cuya significacion no comprendia, recurrió á Dios por medio de la oracion, y Dios la consoló, dándola á conocer, por medio de un santo abad, que lo que su hijo habia de esparcir por el mundo era el fuego del amor divino. Cerciorada acerca del destino de este hijo de los prodigios, lo consagró al cielo aun antes de darlo á luz á la tierra; ella quiso que se llamase *Domingo*, es decir, una cosa del Señor que debia pertenecer exclusivamente al Señor. Todavía no habia llegado al uso de la razon, y ya su santa madre le instruia de la grande mision que Dios le tenia reservada y del modo de prepararse para ella; y con sus oraciones, con sus lecciones y con sus ejemplos hizo que él fuese lo que fué.

En segundo lugar, Santo Tomás fué, no sólo el más brillante

ornato de la Orden de Santo Domingo, sino tambien el más grande propagador de ella. Reflejándose la gloria de su ciencia sobre su Orden, ha traído siempre á ella una multitud de grandes hombres, deseosos de mantener intacto y de perpetuar en ella el precioso depósito de la doctrina del *Ángel de las escuelas*. Pues bien: este prodigio de ciencia, este hombre, el más grande del Cristianismo despues de San Pablo y San Agustin; esta antorcha siempre brillante de la Iglesia, este maestro inmortal del mundo, fué dado tambien por las mujeres á la orden dominicana, al mundo y á la Iglesia; porque habiéndole confiado su madre, la condesa de Aquino, siendo todavia niño, á los benedictinos del monte Casino, para que le instruyesen en la ciencia de la santidad y en la santidad de la ciencia, le preparó para lo que habia de ser un dia relativamente á la ciencia y á la santidad. Es verdad que, habiéndoselo arrebatado á su madre los dominicanos, enfurecida ésta por la ausencia de su hijo, que formaba sus delicias, lo sacó del convento por la fuerza, lo condujo al palacio y lo hizo encerrar en una torre, bajo la vigilancia brutal de sus hermanos. Pero esto lo hizo, no tanto para disputárselo á Dios, cuanto para asegurarse de la sinceridad y de la constancia de su devocion. En esta prision, mientras que sus horribles hermanos se valian de todos los medios para combatir su resolucion de abrazar el Instituto de Santo Domingo, hasta el extremo de introducir en su habitacion jóvenes deshonestas que le sedujesen y corrompiesen, sus santas hermanas le prodigaban sus más afectuosos cuidados, le servian como á un ángel en la tierra, le consolaban y le exhortaban á la constancia. Su madre, á pesar de que aparentaba estar airada contra Tomás, no por eso dejaba de aprobar la conducta de sus angelicales hijas con su angelical hermano; y finalmente, habiéndose convencido de que su vocacion procedia de lo alto, consintió en que sus hermanas le facilitasen el medio de salir de la torre é ir á Francia, desde donde esparció su luz por todo el mundo.

San Felipe Benicio fué tambien auxiliado en gran manera por Santa Juliana, de quien hemos hablado ya, en la propagacion y el régimen de la Orden de los servitas, y tanto, que, viéndose próximo á la muerte, confió á esta admirable virgen, y no á los hombres, la direccion y la conservacion, no sólo de las hermanas, sino tambien de los hermanos de la misma Orden: tan grande era la